

LA MUÑECA RUSA

FERNANDO LALANA



periscopio

**LA MUÑECA
RUSA**

FERNANDO LALANA

**LA MUÑECA
RUSA**



edebé

© Fernando Lalana, 2023

© Ed. Cast.: Edebé 2023

Passeig de Sant Joan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.^a edición, septiembre 2023

ISBN: 978-84-683-6124-6

Depósito legal: B. 8296-2023

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Eso es un relato de ficción. Cualquier similitud con acontecimientos o personas reales, vivas o muertas, debe ser considerado fruto de la indeseada casualidad. Salvo las menciones al director Pedro Olea y al magistrado Rafael Carnicero, que son deliberado fruto de la amistad.

Pibonacci

Yo me esperaba otra cosa, la verdad. ¿Que qué me esperaba? Lo normal, un despachaco de los grandes, con butacones de piel de cocodrilo, moqueta de cuatro dedos y un acuario de mil o diez mil litros con muchos peces de colores, como los que montan en ese programa de televisión de la cadena Divinity. Eso me esperaba, y no este piso triste, feo que te mueres, con muebles de madera oscura y techos de gotelé, todo más viejo que Noé.

Buenooo... Es que me salen los versos sin querer. A más no poder.

Toma, otro.

Valeriano también se esperaba otra cosa más guapa, seguro. Aunque no me lo dice, yo lo sé bien, que ya me conozco al menda este como si fuera mi hermanastro. Además, me había dicho: «Fíjate dónde tienen estas tías el despacho, en la Diagonal, en la puñetera Diagonal, eso es categoría».

La Diagonal, para los que padezcan o sufran de ignorancia, es una avenida de Barcelona diez o doce veces más ancha que el paseo de Almería y con unos edificios que parecen los de Gotham City, algunos con esculturas de águilas y otros mamíferos voladores encima del tejado.

En el de las abogadas lo que había era un letrero luminoso con el nombre de un bancazo de los grandes. No digo cuál para no hacer publicidad. Si quieren *publi*, que la paguen. Y en la puerta, un conserje ancho ancho con un traje estrecho estrecho a punto de reventar. Con pinta de gorila de discoteca. Me ha mirado con ese odio en la mirada con el que miran los gorilas de discoteca, que no se puede explicar mejor. De arriba abajo y de abajo arriba, repasando mis cadenas de oro y mis anillos y todo lo mío. Envidia, pura envidia. Ah, qué odio tenía ese tipo en los clisos. Si no llego a ir con Valeriano, que es un tío con clase, de los que usan traje y corbata hasta para dormir, seguro que no me deja pasar del vestíbulo.

O quizá sí, no sé. Tengo que aprender a recordar que estoy forrado, que ya no soy un *pringao*, que tengo billetes de banco para empapelarme el retrete hasta el techo, si quiero.

Hala, vamos para allá, no le vaya a saltar un botón de la chaqueta al gorila y nos saca un ojo. Nos saque un ojo. Nos sacude un ojo. Como se diga.

Ascensor y al piso *vintitrés*. *Vintitrés*, el piso de la gente sin estrés. ¿Lo ves o no lo ves? ¡Toma! Si es que debería apuntarme estas rimas tan buenas. Con esto y las instrucciones de la Thermomix que le he comprado a mi madre, me hago un par de canciones nuevas, por lo menos. O dos.

En el piso nueve se para el ascensor, se abre la puerta y asoma una ancianita de unos ciento once años, apoyada en un tacataca de esos para mayores. Que si vamos para abajo, pregunta con una vocecilla que parece la de un *gremlin*.

—No, señora. Subimos —le contesta Valeriano, levantando el índice.

—Es igual, entro ya porque, si no, no hay manera de pillar el ascensor. Así que, con permiso...

Y se nos mete dentro con el andador, y Valeriano y yo nos vemos arrinconados, mientras ella maniobra dentro de la cabina con la habilidad de un carretillero. Luego, mientras se cierran las puertas, aporrea repetidamente el botón de la planta baja, aunque, por suerte, el ascensor es de los de ideas fijas y continúa nuestra elevación a las alturas más altas.

De repente, la señora me mira desde su metro cuarenta de estatura.

—¡Anda! Tú eres ese rapero tan famoso, ¿verdad?

Es lo último que habría imaginado, lo juro, de la ancianita del tacataca.

—Sí, sí, señora —le respondo, hueco como un coco—. ¿Me conoce?

—Te sigo en Internet. Me gusta lo que dices.

—Vaya, qué bien. Así que... surfea usted por Internet.

—Pues claro. A mi edad, ya no puedo surfear en Zarautz, como hacía antes, así que surfeo por la red. Internet es la leche en bote.

—¡Y usted que lo diga! Caray, señora, significa mucho para mí que le gusten mis canciones.

—No, tus canciones no me gustan, pero las tonterías que dices entre una y otra son divertidas.

Valeriano suspira y levanta las cejas, mientras me mira de soslayo. Hemos llegado a nuestro piso. El ascensor frena y sube el último metro despacito.

—En fin..., bueno, de todos modos, muchas gracias por su..., por..., por eso de... Muchas gracias, señora. Nos vemos.

—Que tengas mucho éxito, hijo mío. ¡Y no te lo gastes en drogas!

—No, descuide.

Se abren las puertas y Valeriano y yo tenemos que hacer unos extraños jeribeques para salir al rellano, porque la anciana no se cantea ni un milímetro.

—Así que vas a las abogadas, ¿eh? —dice la mujer, reteniendo las puertas del ascensor.

—Sí, señora. A las abogadas.

—A saber qué habrás hecho, calamidad.

—No se preocupe, que no he hecho nada malo y, además, soy inocente.

—Sí, claro —replica la mujer con tonillo de «No me creo nada, monada»—. Como descubra que eres un pervertido, dejaré de seguirte en las redes, te lo advierto.

—Tranquila, mujer, ya le digo que...

Pero la ancianita suelta las puertas y me deja con la palabra en la boca.

Valeriano y yo suspiramos y echamos a andar por el rellano, que tiene el tamaño de una estación del metro, hasta que, por fin, damos con una placa de cristal verde iluminada con una tulipa dorada y con roña.

BÉCQUER ABOGADAS

Eso es todo. ¡Riiing...!

Nos abre la puerta una chorba fuertota, morenica, con gafas de televisor y jersey de punto, con cuello

vuelto. Esta tía se hinchó a sacar notables en el colegio, seguro, como si lo viera por un agujero. Me recuerda a un dibujo animado..., algo que veía de pequeño en la tele. Salía un perro. Escubidú. ¿Era eso? Bueno, si no era, como si lo fuera o lo *fueriese*. Me mira y se aguanta la risa. ¡Te lo he notado! «¿De qué te ríes, tía? ¿Eh? ¿De qué te ríes? Si tengo más dinero que tú y Escubidú juntos», le tenía que haber dicho. Pero no le digo nada porque Valeriano me ha advertido que no abra la boca salvo que él me dé permiso. ¿Permiso a mí? Pero ¿tú qué te has creído, *pelao*? Ahora lo agarraría por el pescuezo y la trabilla de los pantalones y lo metería de cabeza dentro del acuario si es que hubiera un acuario, que no lo hay, ya os lo he dicho. No se puede ser más cutre, hombre, mujer. Podían poner uno, con lo bonitos que son esos acuarios grandes, los del programa de Divinity. Llenos de peces de colores.

Valeriano y la amiga de Escubidú se apartan y hablan en voz baja. Bien, yo ni caso, miro aquí y allá, a ninguna parte, con aire inapetente. Ahora la tía ha dicho no sé qué de tres mil euros. No lo quería oír pero lo he oído, que es que a veces no puedes evitar oír lo que no quieres oír. Y Valeriano saca la Visa. ¡Vaya por Dios! ¡Ya estamos! La de color negro, que es la que usa para gastar mi dinero. O sea, que los tres mil euracos los voy a poner yo, como si lo viera. La tía dice que son a cuenta. ¿A cuenta de qué, morena?

Y después de pasar la Visa por la bacaladera, nos dice que esperemos. ¡Hay que fastidiarse! O sea, que pagas tres mil pavos y tienes que esperar. Y ni un triste acuario ni nada para mendigar la espera. Pero ¿esto

qué es? Esto qué es, vamos a ver, que alguien me lo explique. Porque cobrando tres mil tronchos a cuenta a cada panoli que asoma por la puerta, bien podían poner un acuario Divinity. Pues *na*. Ratas codiciosas, ociosas, lujuriosas, sobre todas las cosas.

Madre mía, qué bueno soy.

Pasamos a la sala de espera y nos sentamos en un sofá de cuero rojo, muy bajo. Yo creo que tenemos las rodillas más altas que la cabeza. Las paredes, llenas de cuadros raros, de esos que no hay quien los entienda. Y, encima, hace un calor de hospital general. Espero que Valeriano sepa lo que se hace porque, de momento, lo único que está claro es que nos han soplado tres mil del ala por sentarnos a nivel del suelo.

Además de nuestro sofá de dos plazas hay otro de tres, un sillón con brazos y siete sillas forradas de paño verde. En el sillón se sienta un tipo trajeado que se parece a Matías Prats, el de los anuncios de seguros; y en el sofá grande, dos esposas de futbolistas. Lo de esposas de futbolistas es una manera de hablar, un generalísimo, porque igual son esposas de cocineros Michelin, quiero decir. Con toda la pinta de conducir un Porsche Cayenne *full equip*. O sea, podridas de pasta. Se me han quedado mirando con un descaro colosal y luego, venga a cuchichear y a sonreírse. Yo, porque en el fondo soy un caballero, que si no me habría encarado con ellas y les habría dicho que fueran a cuchichearse de su padre y que no tengo un Porsche pero tengo previsto comprarme un Lamborghini. Algún día. Pronto. En cuanto me saque el carné, que de momento se me resiste.

Es lo malo que tiene ganar gaita de repente cuando has sido pobre toda la vida: que todo el mundo te mira traveseramente. Los pobres, porque te has hecho rico, y los ricos, porque no eres de los suyos, todos intentan que te sientas incómodo a su lado. Tu barrio de siempre ya no es tu barrio y en el barrio de los ricos no te saluda ni el de mantenimiento, así que te entran ganas de irte a otro barrio. Al otro barrio, casi. Qué triste y qué actual, ¿no? Esto lo tengo que tratar en alguna canción, a ver si se me ocurre cómo.

Me tengo que abrir la chupa del chándal porque no se puede aguantar aquí de la calor que hace. Los radiadores deben de estar a punto de soltar chorros de vapor, no hay más que oír cómo campanean las tuberías. Lo digo con conocimiento de causa porque yo iba para calefactor, por consejo de mis profesores del instituto, que nunca creyeron en mí como poeta moderno y tal.

Al rato, aparece otra tipa impresionante, de pelazo caoba. Se acerca a las mujeres de los futbolistas-cocineros, intercambian besuqueos y salen las tres entre risas, dejándonos perplejos como lémures a Valeriano, a mí y al hombre del sillón, con el que cruzamos una mirada de telediario.

Así que yo me siento cada vez peor y más fuera de sitio. Hasta un poco avergonzado de estar aquí, rodeado de estos cuadros que no entiendo. Al fin por fin, allá que te allá, después de mucho aburrimiento mortal, aparece la secretaria del pelo ceniciento (hay tres o cuatro que van y vienen sin parar y yo las distingo por el color del pelo) y nos dice que ya podemos pasar con la abogada. Cuarenta y cuatro minutos llevábamos

esperando, después de haber apoquinado tres mil machacantes, que esto no hay quien lo concibe. Conciba. Cocine. Como sea.